
Antonio Delhumeau*

EL HOMBRE ATRAPADO

Cuando se considera una utopía se dirige la mirada al futuro. Ello tiende a opacar una de sus facetas más importantes: la situación concreta en la que emerge y contra la cual lucha el utopista. George Orwell es explícito al respecto: el ideólogo de Estado, O' Brien, reconoce como paradigmas, aun cuando ya superados para aquel futuro, hoy actual, a los inquisidores católicos, stalinistas y nazis, es decir, a los fascistas en sentido general. Por lo que debemos, entonces, preguntar por el sentido contemporáneo, el alcance vigente, de aquellas condiciones vividas e interpretadas por Orwell y no sólo por la realización práctica de sus pesadillas.

Todo afán de censurar el pensamiento de otros y de limitar o reprimir su libre expresión nos integra de inmediato a la Policía del Pensamiento.

La magnitud de los impulsos, universales por cierto, que tienden a tergiversar nuestro sentido de la realidad, disfrazándolo con el propósito, consciente o no, de lograr o consolidar el acceso a cualquier ámbito de poder, ya sea de posición o de oposición, nos aproxima al "Ministerio de la Verdad". Y es que "la verdad" cuando es un ministerio, en el sentido religioso y político, siempre es una mentira. Recordemos que en el 1984 de Orwell, todo busca ser subordinado y liquidado por una clave única de la existencia: el poder por el poder mismo, que es de he-

* Exdirector del Instituto Mexicano de Estudios Políticos y de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, actualmente es profesor e investigador de carrera de la misma Facultad.

cho la modalidad exclusiva bajo la cual se da, en términos desnudos, el ansia de poder.

George Orwell nos ofrece en su espléndido ensayo novelado una interpretación compleja del hilo conductor por el cual la razón y la práctica del poder se ramifican y se potencializan en las sociedades del siglo XX. Se trata de un pensamiento nuevo: pobre, restringido y dogmático, que ofrece a quienes lo profesan una oferta difícil de rehusar: la seguridad, la certidumbre, “un regazo acogedor”, sólo a cambio de renunciar a su libertad, a su sentido de equidad y a su dignidad de ser humano. Y mientras más incierto y sobrecogedor presentan los poderes, los poderosos, al mundo en que vivimos, más fuerza adquiere el valor que ellos dicen representar: el amparo de un puerto seguro en tiempos de tormenta, durante “la Gran Crisis”.

A ese pensamiento restringido, pobre, dogmático y reasegurador, se tiene acceso, (como sucede con cualquier estilo de pensamiento), por medio de un lenguaje. Con la *neohabla* se pretende impedir cualquier imagen, denotación afectiva, metáfora o diversidad de sentidos, en el conocimiento y en la comunicación. Al mismo tiempo se busca imposibilitar “los delitos del pensamiento”, ya que no se dispondría a la larga de términos para concebirlos y expresarlos. La lógica con la cual se construye la *neohabla* es el *doblepensar*, basado en la erradicación total del juicio subjetivo, del criterio individual, de la capacidad de pensamiento propio, para sustituirlos por una ideología global y totalizadora presentada en algunas tesis que sobresimplifican al máximo el pasado, el presente y el futuro del hombre y del universo. Incluso, desde las concepciones de esta ideología: el *Ingsoc* (algo así como una sociedad hegemónica inglesa o anglosajona) hace depender al universo, en su conjunto, de este pensamiento cerrado en torno a la obsesión del poder.

Ahora bien, ¿de qué tipo de poder se trata? Para él, cualquier individuo es contemplado como insignificante: la subjetividad, lo individual, son malas palabras: los valores que reivindicamos son delitos del pensamiento cuyo castigo es la extinción, primero como tales pensamientos y sentimientos, —en y por el Ministerio del Amor, es decir, del Odio— y, después, como supresiones físicas o asesinatos, probablemente a cargo del Ministerio de la Paz, o sea, de la Guerra. Los individuos, si todavía podemos llamarlos así, derivan el significado de su existencia, esto es, en ese contexto, su porción de poder, del Estado, del Partido, que para el caso vienen a ser lo mismo. El poder, la potencia, el significante de la existencia humana, se depositan íntegramente en esa entidad abstracta y totalizadora, asumida como territorio sagrado: el Partido del Estado, el Estado del Partido. La educa-

ción, la transmisión de la cultura, se convierten así en un proceso de formación de cuadros ideológicos: depositarios de un pensamiento pre-escrito, pre-fabricado, incapaces ya de pensamientos propios, de vida propia. (Y pensar que hay alumnos que agradecen a sus maestros que les faciliten las cosas a través de manuales, sin darse cuenta de que se convierten así, ellos mismos, en cosas que se les facilitan o proporcionan al Estado, al Partido, a la Secta Sagrada).

Los ensueños colectivos en el mundo de Orwell, en este *1984*, son de un sólo tipo: convocan siempre a la violencia como forma de expresión del odio y del resentimiento. Y es que precisamente de esto se trata todo: de aniquilar la capacidad erótica y creativa de los individuos sociales.

Para lograr este nivel de represión se emplea una fórmula maestra: la sospecha, la desconfianza permanente de que cualquiera puede desear reivindicar intereses o valores de índole personal, subjetivo o singular: sean anhelos intelectuales, científicos, artísticos, profesionales, o amorosos. Toda pasión es cegada por ese imperativo vigilante, reforzado por la autocensura de “ocultar los propios sentimientos, de sobreponerse a los gestos” espontáneos, como una reacción ya casi instintiva de autodefensa. Y cuando el amor, la confianza, la ternura, el erotismo, la comunicación comunitaria (así sea de una pareja), son objeto de acoso por las demandas del poder, de cualquier poder, entonces emerge ese profundo sentimiento de soledad, de vacío, por el cual el propio proyecto de vida aparece como muerto, el pasado se desvanece y el futuro se presenta abigarrado, bizarro, configurado de acuerdo con claves que nos poseen pero que no poseemos, o sea como un destino que, en rigor, es fatal y desconocido a la vez.

Una de las principales armas con las que contamos para autoafirmarnos como individuos sociales singulares, creativos, comprometidos con la tarea de prefigurar sociedades otra vez comunitarias, bajo nuevas condiciones urbanas, frente a la lógica del poder, sobre todo del ansia de poder mayor o menor que a cada quien se le haya inoculado, es sin duda la fuerza de la razón que no renuncia a la pasión, sino que se finca, se reconoce, se arraiga en ella, en tanto que adquiere su fuerza vital de y por la pasión. Esta pasión vital se manifiesta a través de imágenes y lenguajes complejos que incluyen la palabra y también el cuerpo; las ideas sutiles junto con las emociones más llanas y primarias, confiables. Sin embargo, en una sociedad puesta bajo el predominio hegemónico del ansia de Poder como es este *1984*, aquí y ahora, esta expresión del cuerpo, de las emociones, de la pasión y de los afectos que rastrean su expresión por medio de imágenes y razones, son puestos bajo toda sospecha: de ahí la tendencia a reprimirlos, a reprimirse, a inhibirlos, a

inhibirse. La sanción por la cual se acepta la represión parece terrible: se trata de la exclusión de los ámbitos sagrados de los poderes, del reconocimiento social y político, asumido con un carácter religioso: teocrático. Y la única posibilidad real de “desrepresión” que tenemos, la potencia práctica que podemos afirmar y en la que reside precisamente toda autoafirmación, es la lucha y la superación del ansia de poder, ya que ese deseo de llegar a ser poderoso, dominante, es el único canal o recurso de manipulación y control, de censura y represión profundas y extremas, con el que cuentan los poderosos o los ansiosos de poder, los ya vampirizados.

Ahora bien, si algo revela con rigor y lucidez el ensayo literario de Orwell es que el proyecto de resistir al poder no es empresa fácil ni superficial, ni sólo voluntarista. Aun sí no aceptamos la conclusión derrotista, desesperada y cuasi-clausurada del autor de la profecía de esta época, hemos de reconocer que la posibilidad de superar el ansia de poder interna es compleja, ardua y por aproximaciones sucesivas, es decir, es una tarea siempre inacabada. “El Hombre Atrapado” está en la trampa de un poder que lo convoca desde las instituciones, la familia, la pandilla, el Estado, la Universidad, el Sindicato, la Secta, el Partido, los Medios de la Ensoñación Dirigida, Controlada, y que, a la vez, es un ansia de poder que hay interiorizada, que ha hecho suya como un poder pseudo-propio, pero en el cual tiende a reconocer ilusionado, alucinado, su propio proyecto, *como si* en verdad lo hubiese concebido y decidido él como hombre libre. Esta es la trampa de la represión del siglo que Albert Camus calificó como la época del miedo; en sus formas polares: de terror-pánico o de inseguridad-incertidumbre.

Todos estos poderes son reunidos por Orwell en uno: el Partido, tan ubicuo y omnipotente que

“no sólo tendía a impedir que entre hombres y mujeres existieran lazos de fidelidad que resultaran luego imposibles de quebrar; su propósito encubierto era suprimir todo placer sexual. Y no tanto era el sexo, sino el erotismo el que constituía el principal enemigo, así en el matrimonio como fuera de él”. Por ello, para Winston Smith, el número 6079, “aun en el caso de haber logrado despertar en Catalina una pasión, eso había sido como seducirla y violentarla, aunque se tratara de su esposa”.

Junto a la deserotización total de las relaciones sexuales, convertidas en meras rutinas estereotipadas y sin significado emocional profundo, otra trampa de este 1984 reside en controlar a los niños a través de la televisión y de la escuela para que conspiren en contra de la lealtad y

la comunicación amorosas entre sí y con los padres: el ascetismo y la austeridad, el deporte obsesivo, los hábitos disciplinarios, la reducción de las cosmovisiones a la banda sinfín de las telepantallas, la ausencia de lecturas y de criterio y rigor para enfrentarlas, los minilenguajes y los minivalores tecnocráticos y cuantofrénicos, conducen poco a poco al tránsito que va del “hombre teatral” al “hombre-robot” de los escenarios ficticios y representativos, diseñados y dirigidos por el poder, a la supresión incluso del juego de la simulación de las libertades bajo el control expreso, directo y monolítico del Estado, manteniendo a través de la socialización en y por la familia-Estado, la escuela-Estado y los medios de la comunicación del Estado.

Sobre quienes más control ejerce el Estado son sus propios hombres: los hombres del Estado, de su propiedad, ya inventariados. En cambio, las mujeres y los hombres de la calle todavía cuentan con algunos márgenes, con libertades de las que podríán hacer uso si les importase. Pero, como escribió Winston Smith en su diario delictuoso: “hasta haber adquirido conciencia no se rebelarán y no pueden adquirirla sin rebelarse antes”. Incluso el propio personaje central de la disquisición de Orwell sobre “el último hombre” de Occidente, duda de si este planteamiento no incurre en la lógica del Partido, en el *doblepensar*. Sin embargo, no parece resultar una trampa del poder este aserto, sino una intelección profunda por la cual la conciencia se esclarece a sí misma desde y a través de su rebeldía y esta rebeldía encuentra como esencia significativa al trabajo, a la tarea, de la conciencia. La rebeldía no es un grito desesperado, ni un momentáneo entusiasmo colectivo, ni una catarsis irrelevante, ni una posición reactiva y contraria a un poder por el mero resentimiento de no tenerlo y de sin embargo desearlo desde el centro mismo de una sensación de impotencia. El hombre rebelde, el de Marx y el de Nietzsche, el de Freud y el de Sartre o Camus, el de Régis Debray o el de Eugenio Trías y Georges Orwell, es un hombre autoafirmativo y no reactivo, un individuo social con proyecto propio y no dependiente de otros, así sean aquellos a los cuales se opone.

Señalábamos al principio el alcance y los límites de la vigencia de la reciente profecía de Orwell. En esencia habla como un contemporáneo. Nos dice que “por lo que se veía todos los días, la vida en nada se parecía a las mentiras difundidas por la telepantalla ni mucho menos se acomodaba al ideal que el Partido (el Estado) se esforzaba por conseguir. A Winston se le ocurrió que la verdadera característica de la vida presente no estaba precisamente en su inhumanidad o en la ausencia de toda garantía, sino en su desolación, en su falta absoluta de horizontes y en la general apatía”: todo ello es vigente, intensamente actual; quizá su diferencia con nosotros radica en que al Sistema del Poder le importa

no sólo que sea su partido el que dé cuenta del orden y el sometimiento de los hombres-masa, sino que vela también porque otros partidos, otras sectas, otras iglesias, puedan actuar como agencias intermediarias para garantizar ese control, este conformismo, la general apatía, la tranquilizadora ausencia de vitalidad vibrante y apasionada.

El poder consiste en doblegar al otro, es decir, en volverlo doble, traidor de sí mismo, en hacerlo sufrir su autodeslealtad, obligándolo a actuar en contra de sus anhelos, de sus convicciones y sentimientos, de su propio proyecto vital. Por ello, a la riesgosa excentricidad del individuo social singular, la *neohabla* burocrática anglosajona la tipifica como delito bajo el nombre de *propiavida*, de “amor propio”: delito de aferrarse a una esperanza activa, a una acción vital que por sí misma y en sí misma es generadora de esperanza compartida, compartible, contagiable. La autoafirmación de una pasión erótica e intelectual, fruto y origen de una razón apasionada, emerge de la acción plena y comprometida de asumirse confesos de heterodoxia ante cualquier poder, frente a la censura y al amedrentamiento de los hombres ya atrapados que claman por venganza y cuyo resentimiento se alivia un instante cuando logran hacer caer en la trampa de la dominación a otro iluso, otro ansioso de un poder que por definición siempre se escapa. Y es que, a final de cuentas, el tan deseado secreto de la esfinge del poder reside en que su cima está vacante; es, en rigor, el vacío, la falta, lo incompleto y el sin sentido interior y exterior. El hermano mayor, el hermano grande, no existe: es la sombra fantasmal, a veces encarnada en terror práctico, de nuestra más profunda impotencia: la que deriva de postergar nuestros proyectos vitales, del sacrificio de la pasión en síntesis con la razón a los oficios del poder; la impotencia que emerge de la traición, consciente o no, a las mejores promesas que nos hemos hecho a nosotros mismos. Por ello, el *1984* de Orwell y nuestro no es una profecía y tampoco un presente efímero, es la historia en curso, en la que cada día nos jugamos el significado o el vacío de la propia existencia.